

ofrecer á vuesa merced. Sólo siento no tener yo también un hijo que pudiese jugar con Martinico; pero ¡qué diantre! no hay más que conformarse; mi mujer no quiso darme ese gusto... aunque ella me echaba siempre la culpa á mi...

Padre é hijo siguieron al ex-arriero, y durante el camino que les separaba de su casa, como en el tiempo que permanecieron en la mesa, hizo al caudillo más preguntas que un catecismo.

Hernan Cortés satisfizo cumplidamente su curiosidad, y al anoecer se dirigió con su hijo á la iglesia, en una de cuyas cúpulas estaban enterrados sus padres.

Al preguntar por el indio, supo que habia desaparecido, y aunque no dió importancia alguna á este suceso, recomendó al tio Picos pardos que averiguase su paradero.

Capitulo CXLI.

Remordimiento.

La casa solariega de Cortés tenia un pequeño jardín.

Las tapias que le circundan eran de poca elevacion, lo que permitian escalarle fácilmente.

En cuanto se apercibió de esta circunstancia el hijo de Marina, desapareció como sabemos, con el propósito de penetrar en la casa durante la noche y realizar el deseo que abrigaba.

—El cansancio del viaje,—se decia,—hará que mi amo y su hijo sean presa del sueño. Yo penetraré á media noche, buscaré á Martin y hundiré mi puñal en su pecho. No es probable que mi brazo se equivoque; pero si se equivoca y se dirige á Hernan Cor-

tés... será prueba de que también debe morir,—añadió después de una breve pausa.

Apenas oscureció, se despojó del traje á la europea que le habia dado el caudillo, quedando con el primitivo y sencillo que usaba nuestro padre Adán.

A pesar de la diferencia de clima, no notó frío alguno, porque las ideas que ocupaban su cerebro le tenían en estado verdaderamente calenturiento.

No hallando otro sitio más á propósito para esconderse hasta que llegase el momento de poner en práctica su plan, se subió á un árbol.

Pronto tuvo que abandonar aquel escondrijo.

El tío Picos pardos, fiel cumplidor de la órdenes que se le daban, quiso manifestar esta circunstancia á Hernan Cortés respecto á su encargo:

Acompañado de tres vecinos, provistos de faroles, recorrió todo el punto, después de preguntar inútilmente á todos los vecinos si habian visto al fugitivo.

Cuando el resplandor de los faroles llegó hasta donde estaba éste, temiendo ser sorprendido, se desprendió del árbol y comenzó á correr precipitadamente.

El tío Picos pardos, que no podia figurarse ni remotamente que aquello fuera un ser humano, dirigiéndose á sus compañeros:

—Ahora no direis que veo visiones. Dias atrás os burlábas de mí, porque aseguraba haber visto un animal extraño en los alrededores del pueblo, y sin duda es ese que se ha espantado al venir nosotros.

—Razon teneis, y yo me vuelvo á mi casa, porque no quiero ser víctima de su ferocidad.

—Hombre, que no se diga; ¡pues apenas teneis miedo de morir vestido!

—No confundais el miedo con la prudencia.

—Vaya, vaya, que es mengua oiros. Que lo dijera yo, que ya he cumplido los ochenta; no tendria nada de extraño.

—Lo dicho: yo me vuelvo á mi casita.

El tío Picos pardos casi estuvo á punto de hacer lo mismo; pero sacando fuerzas de flaqueza:

—Yo os acompañaré,—añadió;—pero será para coger el cuchillo de monte y volver en busca de ese animal.

El otro compañero aprobó la idea, porque queria aprovechar aquella ocasion de demostrar á Cortés que era hombre de bríos, y un momento después volvian armados cada cual lo mejor que pudo, disponiéndose á dar caza á la supuesta fiera.

Habia escogido para guarecerse una de esas quebraduras que forman las lluvias en las montañas, y un perro que llevaban los cazadores se detuvo delante del sitio que ocupaba el fugitivo, lanzando amenazadores ladridos.

—Preparémos,—dijo el veterano ex-arriero.—Leal nos anuncia que estamos próximos á nuestro enemigo. Dejemos aquí los faroles, y acometamos todos á un tiempo.

Sus acompañantes vacilaron; pero realmente no tuvieron necesidad de avanzar.

Leal habia derribado al indio, y mordía una de sus piernas.

El tío Picos pardos, al verle caer en tierra se acercó.

Con el cuchillo, que habian colocado en un palo á manera de lanza, le atravesó un brazo.

Acercaron los faroles, y su sorpresa fué grande al ver que la supuesta fiera era el indio que andaban buscando.

Inmediatamente le condujeron á presencia de Cortés.

—Os pido perdon por la villanía que intentaba.

—Vamos, cálmate. Que inmediatamente acudan á curar á este infeliz,—añadió dirigiéndose á los circunstantes.

—Es inútil, mi vida se extingue: pero ordenad que nos dejen solos, porque tengo que revelaros un secreto.

—¿De qué te acusa tu conciencia?—le dijo Hernan Cortes cuando salieron el tío Picos pardos y su amigo.

—De un crimen horrendo.

—Habla.

—Miradme bien; ¿no me reconocéis? Bien es verdad que yo era muy pequeño cuando me presentó á vos mi desgraciada madre, á quien yo queria vengar asesinandoos y asesinando á Martin, porque vos fuisteis quien la deshonró.

—¿El nombre de tu madre!

—Mi madre se llamaba Marina.

—¡Ah!—exclamó Hernan Cortés horrorizado.—Hijo mio, en qué situacion te encuentro. ¡Perdonadme, Dios mio! ¡Perdonadme!

El indio espiró en aquel momento.

La emocion que aquella escena produjo en Cortés fué terrible.

Una violenta calentura se apoderó de él, y gracias á la dieta que guardó, pudo hallarse mejor al dia siguiente.

El tío Picos-pardos, que como sabemos, era curioso en extremo, sufría lo que no es decible por no poder descifrar aquel misterio.

Hernan Cortes, que conocia este flaco del ex-arriero, para evitar sus preguntas y para apartarse de aquel sitio, teatro de tan desgarradora escena, abandonó el pueblo.

El tío Picos-pardos le proporcionó dos mulas, y con ellas se dirigió á Toledo á reunirse de nuevo con su familia.

Allí trabó gran amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario del rey, Cobos, y por este supo que el emperador se hallaba en Argel.

Cortés deseaba á todo trance conferenciar con Carlos V, y creyó que debía ir en su busca.

—Tal vez allí,—se decia,—puedan serle útiles mis servicios.

Si los acepta y sucumbo en la lucha, le demostraré una vez más mi leal adhesion, y le probaré que ni los desafueros que ha cometido el virey, ni los desprecios suyos que he arrostrado, son bas-

tantés para entibiar en mi alma la fidelidad que le he jurado.

Doña Juana, su esposa, no queria de ningun modo que se separase de ella para empeñarse en nuevas luchas.

—Cuando la voz de la patria llama, —dijo Cortés con energía, —deben enmudecer todas las afecciones.

El dolor de su buena compañera fué mayor cuando supo que queria llevar consigo á su hijo, que aún no habia cumplido nueve años.

El conde de Aguilar, que, como todos los nobles de aquella época, ambicionaba nuevos blasones para su familia, convenció á su hija.

Hernan Cortés iba ya á ponerse en marcha, cuando se presentó Luciano, su primer hijo, el que habia tenido de su matrimonio con doña Catalina.

Despues de estrecharle cariñosamente:

—Sé que vais á partir á Argel, —le dijo, —y deseo acompañaros.

—Permiteme que no te complazca, hijo mio; tu vocacion decidida para el sacerdocio es contraria á los horrores de la guerra.

—Es cierto; pero todo hijo debe pelear al lado de su padre, y sucumbir á su lado si la suerte le es adversa.

Con gran acompañamiento de criados, llevando magníficos caballos de guerra, se puso en marcha Hernan Cortés, acompañado de sus dos hijos Luciano y Martín, para tomar parte en la guerra de Ar-

gel, y presentar al monarca español á aquellos séres, que en union de su esposa, constituian toda su felicidad.

La interesante narracion de la guerra de Argel merece capítulo aparte.

Capítulo CXLII.

En el que se describe la guerra de Argel y las causas que la motivaron.

A principios del año de 1541, habiendo el emperador Carlos V arreglado los asuntos de Flandes, pasó á Wormes para celebrar la dieta que tenia convocada.

En ella hubo una acérrima disputa entre Juan Eckio célebre teólogo católico, y Melanchton, secuaz de la doctrina de Lutero; pero no produjo fruto alguno.

Despues, por ciertas causas, se trasladó la dieta á Ratisbona, y continuaron las disputas sobre muchos dogmas de la religion cristiana.

Más tarde se trataron y decidieron las causas y negocios civiles.

Habia acudido á esta dieta Carlos de Saboya á solicitar auxilios, y por su mérito se le concedió la proteccion del imperio romano.

Por el contrario, el duque de Cleves fué declarado enemigo en pública dieta, porque habia hecho alianza con Francisco I contra el emperador Carlos V.

Habia divulgado la noticia de que inmediatamente iria á Wormes, y mudando de camino fué con presteza á visitar al rey Francisco, que se hallaba en Amboisa, y que le prometió en casamiento á Juuaa, hija de Enrique de Navarra, en señal de una estrecha alianza.

El rey, conciliador de estas bodas, aunque se oponian á ellas los parientes de la esposa, las celebró aquel dia con un espléndido convite; pero no se reunieron los consortes por no tener la doncella la edad competente.

El emperador Carlos V casó á Cristina con Antonio, hijo del duque de Lorena.

Despues se decretaron socorros contra Soliman, que con excesiva ambicion amenazaba á la Hungría, y se acordaron otras muchas cosas en esta dieta, reservándose las concernientes á la religion por el concilio que debia congregarse cuanto antes.

No era justo, en verdad, que Carlos V, traspasando los límites de su poder, se entrometiese en estos negocios, aun con pretexto de verdadera piedad.

Hay que tener en cuenta que en el año anterior, Farnesio, legado del pontifice, se retiró de la corte sin despedirse del César, indignado de que sin contar

con él hubiese convocado la dieta para determinar las controversias de religion.

Presentóse á la audiencia del emperador Carlos V el embajador del rey Francisco para suplicarle confiriése la Lombardia al duque de Orleans.

La respuesta que obtuvo fué que le daría á Flandes con María, su amada hija, como lo habia resuelto, y que en lo demás excusase el rey de porfiar tantas veces sobre una misma cosa, porque todo seria en vano.

Irritado el francés por la repulsa del monarca español, determinó hacerle la guerra y suscitarle enemigos por todo el orbe.

Trató primeramente de solicitar el auxilio de Soliman, con grande oprobio suyo, y oscureciendo con semejante conducta el lustre de las lises de Francia.

A este fin envió á Constantinopla á los desterrados Antonio Rincon y César Fragoso, natural el primero de Medina del Campo y el segundo de Génova.

No pudieron desempeñar su misión.

Al tiempo de pasar el Pó les acometieron unos hombres enmascarados que se hallaban en emboscada y les asesinaron.

La opinion pública señaló al marqués del Basto como autor de estos crímenes, y aunque procuró vindicarse de tan fea nota, las sospechas siempre recaeron en él.

Habiendo llegado este suceso á noticia del rey Francisco, exclamó que se habia quebrantado impunemente el sagrado derecho de los embajadores, ase-

sinando á unos inocentes y violando las leyes de las treguas, y que todo esto amenazaba guerras, estragos, ruinas y muertes.

Concluida poco despues la dieta de Ratisbona, marchó Carlos V á Luca, ciudad de la Toscana, para confederenciar con el pontífice, y habiéndoseles presentado el embajador del rey Francisco, ponderó la calamidad de Rincon y Fragoso, la injuria que se habia hecho á la majestad real y la violacion de las treguas.

Carlos V respondió que no habia quebrantado las treguas, y que serian inviolables para él; que el asesinato de los embajadores se habia cometido sin noticias alguna suya, y que si en esto habia alguna culpa, estaba pronto á entregar los malhechores en manos de los franceses.

Pero fueron en vano estas razones para aplacar al rey, que se hallaba con violentos deseos de hacer la guerra.

Quejóse el emperador altamente al pontífice de la maligna emulacion de Francisco, que arrebatado de esta pasion, no desistia de perturbar todo el orbe, llamando á este fin en su auxilio el más formidable enemigo del nombre cristiano, sin miramiento alguno de la verdadera piedad, que debia ser el principal cuidado de un príncipe piadoso, y que era tanto el deseo que tenia de molestarle, que del asesinato de dos hombres de poca importancia, cuyo verdadero autor se ignoraba, tomaba pretexto para declararle la guerra.

El pontífice procuró con muchas razones y súplicas templar la cólera del emperador, que se hallaba en gran manera irritado; pero no sacó fruto alguno.

Trataron entonces con mucha unanimidad de congregar el concilio ecuménico en el año siguiente para remedio de los males que padecía la religion, pensamiento que anteriormente no pudo llevarse á cabo por la resistencia que los luteranos hicieron á concurrir á Mántua, adonde lo convocó el pontífice.

Desaprobaba este la expedicion de Argel, emprendida en el tiempo más importuno, y con poderosas razones procuraba disuadir á Carlos V de su intento.

Pero este, firme y constante en su resolacion de que queria de una vez y para siempre extirpar la piratería, se despidió de su Santidad, que le deseaba el más feliz éxito.

Desde Luca pasó el emperador con Octavio, su yerno, al puerto de Luni.

Allí se embarcaron en los navíos de carga las compañías italianas y una brigada de alemanes.

La escuadra constaba de treinta y cuatro galeras.

Carlos V, acompañado de sus cortesanos y de la principal nobleza, se dió á la vela.

Con navegacion trabajosa arribó á Mallorca, donde habia mandado estuviesen prontas las armas.

Hallábase ya Gonzaga en aquel puerto con ciento cincuenta galeras y navíos de carga silicianos, muy provistos de víveres y municiones, y habiéndosele juntado, levantó velas y llegó á Argel en dos dias de travesía.

Despues que la armada dió fondo el dia veinticinco de Octubre, arribó Mendoza con galeras españolas, y dió noticia que los buques de carga quedaban en el promontorio de Apolo, que no estaba muy distante.

Concurrieron más de cien naves de Vizcaya y Flandes, y mucho mayor número de las otras provincias de España.

En ellas iban las compañías de infantería, la más escogida caballería y la nobleza que militaba á sus expensas, yendo por general don Pedro de Toledo.

Entre tanto que se aplacaba el mar, envió el emperador á don Lorenzo Manuel, noble español, para que intimase al renegado Assam Agá, á quien Aradino habia dejado con el mando de Argel, que si no entregaba la ciudad y se retiraba con sus tropas á otra parte, le declaraba la guerra.

El renegado recibió con bastante humanidad al rey de armas, y despues de haberle oído, le respondió sonriéndose:

—Tambien nosotros tenemos armas, y no nos falta ánimo para rechazar la fuerza. Acuérdesse el César de que por dos veces se han estrellado en este escollo las armas españolas, y espero que con su propia pérdida llenará el colmo de las anteriores.

Juzgaba, pues, con prudente discurso, que una expedicion tan intempestiva debia tener un éxito muy desgraciado; y á la verdad, Doria, hombre muy experimentado en la náutica, habia amonestado al emperador que no se expusiese á un mar tempestuoso.

tuoso en la estación del ctoño, que es más peligrosa; que debia esperar tiempo más benigno. y que con la paciencia y no con la temeridad se vencian semejantes dificultades.

El príncipe no quiso dar oídos á ningun consejo prudente.

Corrió entonces la voz, y aún se conserva todavía en el vulgo, que una vieja mora suscitó la tempestad con encantos y artes mágicos.

No hay para qué decir que todos los hombres sensatos tienen por una fábula despreciable tan ridículo aserto.

Tenia Assam Agá ochocientos turcos de extraordinario valor, los más de ellos de á caballo, y cinco mil infantes veteranos.

Formaba además á sus órdenes una gran multitud de moros, á quienes ofreció el sueldo y la presa que recogiesen fuera de las murallas, en las continuas correrías que á todas horas y en todos los parajes hacian contra el enemigo, segun su costumbre.

Desembarcó Carlos V con mar tranquilo, y sin tardanza ni confusion dirigió hacia la parte del Oriente sus tropas.

Algunos historiadores hacen ascender á treinta mil los infantes que se contaban en ellas, al paso que otros disminuyen esta cantidad en la tercera parte.

Llevaba tres mil caballos y marchó con todo el ejército junto á la ciudad, mandando fortificar el campo en lugar oportuno, dividiendo las estancias por naciones.

Capitulo CXLIII.

Continuacion del anterior.

Los españoles, con su capitán Sauce, ocuparon los primeros los collados que se levantan á mano izquierda, y ciñen la ciudad por las espaldas, habiendo arrojado de allí á los bárbaros.

Los alemanes se extendieron por la parte de Oriente, rodeando la tienda de Carlos V.

Los italianos, en los parajes más próximos á la costa.

Inmediatamente comenzó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres y todos los demás preparativos de la guerra.

Pero mientras tanto que se ocupaban en estas y otras operaciones, se levantó una furiosa tempestad, que comenzó á maltratar la armada.